

CRISTIANISMO Y BURGUESIA

S. de Anltua, S. J.

¿Nueva época en la historia?

“En nuestros días —dice Daniélou— el mundo está atravesando una crisis de civilización, como no ha conocido otra en el curso de la historia. Todo un mundo antiguo, que es precisamente el de la civilización burguesa, está a punto de hundirse. Se trata de hechos que superan la voluntad de los individuos, hechos de los que no podemos alegrarnos ni afligirnos. Hablando de este mundo empleamos con plena razón la expresión agonía. Pero la agonía a la que estamos asistiendo es la agonía de una civilización determinada y la agonía de lo que en la Iglesia es solidario de esta civilización. Es ese cristianismo burgués superado ya en nuestros días, y cuya vetustez sienten los cristianos”. (1).

Hemos querido comenzar nuestro ensayo con una cita nada sospechosa de heterodoxia, para huir de exageraciones. El P. Daniélou, jesuita, patrólogo y teólogo de reconocida competencia, nos ha dicho que el mundo cultural está en crisis, y con él el cristianismo.

La evolución económico-política de la humanidad en estos últimos lustros, creo que es un hecho. El dogma fundamental de la igualdad humana ha trastocado los moldes antiguos, políticos y sociales, basados más o menos conscientemente, sobre las excelencias de cuna o de poder, patrimonio de un grupo privilegiado. De ahí la concepción monárquica del mundo antiguo cuyo título es el nacimiento; de ahí las oligarquías políticas de los países más avanzados políticamente en el campo del republicanismo antiguo; de ahí la distinción entre pueblos libres y pueblos esclavos, en la mentalidad de Platón y de Aristóteles. Y en el campo social, el monarquismo capitalista de un señor y millares de obreros —eco lejano pero suficientemente fiel, de la economía esclavista romana— ha dejado paso primero a las Sociedades anónimas, más tarde a la congestión, y, por fin, en algunos casos al contrato societario de patronos y obreros. En nuestros días, finalmente, asistimos ya a las últimas consecuencias de esta implantación del dogma igualitario o comunitario al que aludíamos más arriba: las mismas naciones tienden a igualar su personalidad jurídica, caminando hacia la integración de un estado comunitario: la pequeña Europa, los intentos panamericanos son un exponente de estas tendencias.

(1) DANIELOU, *El misterio de la Historia*, Ed. DINOR (San Sebastián, 1957), p. 42.

Parece, pues, evidente que la vieja civilización está en crisis. Y se nos avecina una nueva civilización: la comunitaria, cuyo brote más extremo es el comunismo. Ante esta nueva avalancha de la Historia cabe preguntarnos: ¿El cristianismo se ha identificado con el mundo burgués, que ahora caduca?

Cristianismo y burguesía

El P. Daniélou no identifica, ni mucho menos, al cristianismo con la cultura burguesa. Pero no pocos cristianos y no cristianos sí lo identifican. El mismo P. Daniélou, exponiendo la teoría del escritor anglocatólico Thornton, apunta: "No existe duda alguna en cuanto al hecho de que a menudo el obrero o el sabio o el economista de nuestros días se encuentran como descentrados por las formas concretas en que se expresa la vida cristiana, porque son formas éstas que se fundan en estructuras sociológicas ya caducas" (2). Notemos que el P. Daniélou distingue siempre claramente entre el cristianismo y las formas concretas en que se encarna. Pero hay quienes no saben hacer tal distinción. "De donde brota el sentimiento —prosigue el mismo autor— de que el cristianismo es algo que pertenece al pasado, de que representa un momento en la historia ya superado. Tal es la postura de gran parte del pensamiento contemporáneo. Para éste el cristianismo se computa entre los hechos de la civilización, y participa, por consiguiente, íntegramente de su caducidad. No tanto se pone en duda su valor, cuanto su perennidad. Aparece como un momento, y habrá quienes digan, que incluso como un momento esencial de la historia del hombre, pero como un momento que debe ser superado. Y así habrá quienes en nuestros días crean reconocer ya en el cristianismo todas las señales de un envejecimiento que nos estuviera indicando su próxima desaparición". (3).

"El cristianismo existente para Marx —dice Lowith— es la religión peculiar del capitalismo" (4). En esto sigue las ideas de su precursor Feuerbach, que a su vez no hace sino recoger las ideas del positivismo y del materialismo de su tiempo acerca de la caducidad de la religión (5). Y no podía ser de otra manera, si querían implantar un régimen nuevo en el mundo, arrumbando un mundo antiguo con el que estaba indenticado el cristianismo. Hayes apunta: "El antiguo liberalismo ecuménico derivaba, por lo menos en algunas de sus raíces, de la tradición cristiana" (6). Y más arriba: "Hacia el setecientos la cristiandad organizada pareció aliarse, clara y definitivamente, con los ultraconservadores, en contra de los elementos radicales; con la aristocracia y "alta burguesía", en contra de la pequeña burguesía y las masas urbanas" (7).

(2) o. c., p. 39

(3) DANIELOU *El misterio de la Historia*, pág. 39-40 cfr. también, KANTERS, R.L. *L'Avenir de la Religion*, (París, 1945); ADAMOV, A. *L'Heure actuelle*, n. 1, p. 5 KANIA, *El bolchevismo y la Religión*, Bilbao 1945. LATTANZI, *Marxismo e Cristianesimo* (Roma, 1945) VITO, *Comunismo e Cattolicesimo*. Al fin el comunismo marxista es un producto de su tiempo religioso. Cfr. HAYES, *Una generación de materialismo*, Espasa Calpe, (Madrid 1946).

(4) LOWITH, K. *El sentido de la Historia*, Ed Aguilar (Madrid, 1956) p. 71.

(5) Cfr. LUBAC, G. *El drama del Humanismo Atco*, E. EPESA.

(6) HAYES. *Una generación de materialismo*, Espasa-Calpe, (Madrid, 1946), p. 137.

(7) Ubi supra.

Por fin, fácilmente podríamos comprender la fama de burgués que tiene el catolicismo actual, si repasamos, aunque no sea más que superficialmente, la inmensa cantidad de libros que se han escrito acerca del catolicismo y el comunismo, poniendo de relieve su incompatibilidad esencial, por el materialismo, ateísmo, y depreciación de la persona y de la libertad, que parece incluir el comunismo entre sus postulados esencialmente. Más aún; León XIII en su Encíclica *Quod. Apost. muneris*; Pío XI en la *Divini Redemptoris, Casti Connubii, Quadragesimo Anno y Caritate Christi*; Pío XII en el discurso de 22 de febrero de 1948, Radiomen-saje 4 sept. 1949; y la Suprema Congregación del Santo Oficio en el decreto de 1º julio 1949; y en la declaración de 11 agosto 1949 han hablado claramente condenando al comunismo como contrario a la esencia de la Iglesia.

Pero ¿será por eso burgués el catolicismo?

Cristianismo y comunismo

No se puede negar que el cristianismo —el catolicismo, para que lo opongan más claramente al protestantismo calvinista, a quien muchos consideran como el padre del liberalismo moderno y esencialmente positivista (8),— tiene evidentes puntos de contacto con las ideas comunitarias de nuestros días. El cristianismo fué el primer campeón de la igualdad humana. Para S. Pablo no hay griego, romano ni escita. Y para Jesús no hay más que prójimos, sean éstos samaritanos o gentiles. Predicó un reino universal. Y murió por todos. Para que todos tengamos un Padre común en los cielos. Predicó el amor de todos, y puso como nota de su doctrina la unidad de todos los suyos. Bendijo a los pobres y amenazó a los ricos. Pasó haciendo el bien y señaló como nota honorífica de su misión el que los pobres fuesen evangelizados. ¿No ha sido por ventura la de Jesús la revolución más grande de la historia en favor de los proletarios? ¿Qué extraño, pues, que como nos cuenta Hornaert, presida su imagen el centro socialista de Bruselas?

Y si este fué Cristo, el cristianismo, enebado en el espíritu de su Fundador, no ha sido menos fecundo en ideas sociales. ¿No empezaron los primeros cristianos jerosolimitanos, entregando todos sus bienes a los Apóstoles, formando así un sólo corazón y un sólo cuerpo? Y Ananías y Sáfira que pretendieron reservar para sí algo de sus bienes, mintiendo a S. Pedro, fueron fulminados por la cólera de Dios. La Teología paulina rebosa con la idea del cuerpo místico de Cristo, formado por todos los fieles, aunados en un todo vital y orgánico, bajo la presidencia y vitalidad de Cristo. De aquí el fundamento de la comunión de los santos.

¿Y no han nacido, al calor de las enseñanzas del Maestro las comunidades religiosas, verdaderas células comunitarias? No es verdad, en sentido estricto, que la propiedad privada sea algo exigido por el cristianismo. Es un derecho —el derecho de propiedad—, pero no un deber. Es una facultad que puede cristalizar en diversas formas.

No es extraño, por tanto, que numerosos comunistas hayan querido ver en los primeros cristianos, un espíritu de verdaderos comunistas.

(8) Cfr. MAX WEBER, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*; TAWNEY, *Religion and the rise of capitalism*. HORIA V. presencia del mito Ed. Escelicer. (Madrid, 1986)..

(9) NITTI *Il socialismo cattolico* (Torino Roma 1891), pp. 59, 62, 64. Cfr. también VILLECARDELE, *Histoire des idées sociales avant la révolution Française*, (Paris, 1846); MAUNIER, *Jésus Christ devant les tribunaux de guerre*, (Paris 1848) CONSIDERANT, *Le socialisme devant le vieux monde* (Paris 1848). LAVALEYE, *Le socialisme contemporain* (Paris 1891). PICARD, *Le sermon de la montagne et le socialisme contemporain*. (Bruxelles, 1896).

Sin embargo el materialismo ateo, o el ateísmo materialista pone un foso insalvable entre el comunismo y el cristianismo. Así lo han señalado los Romanos Pontífices arriba citados, condenando sin atenuaciones la doctrina comunista.

Comunismo y comunitarismo

El comunismo actual, el condenado inapelablemente por el Papa, no es sino una cristalización extrema de las ideas comunitarias que se han puesto en marcha hace un par de siglos. El comunismo, más que una cultura que se avecina, es la cristalización —ya un poco pasada— de una cultura, que sigue evolucionando aun dentro de los lindes del pensamiento comunista.

El comunismo nació en el siglo de la filosofía dialéctica de Hegel, del materialismo de Feuerbach, y del liberalismo económico. ⁽¹⁰⁾ De la filosofía dialéctica aprovechó el método de las tesis y antítesis. Y, del liberalismo capitalista se ha evolucionado necesariamente al capitalismo socialista, y las sociedades anónimas y los contratos societarios apuntan ya hacia una integración de las diversas clases. Sólo que Marx predicó una cruzada de violencia como necesaria para efectuar esta integración, que el cristianismo quiere realizar por medio del amor y de la justicia.

Del pensamiento materialista tomó el comunismo marxista la preeminencia de la materia. Pero tal concepto está en evolución. Lenin, Mao, Jaspers distinguen plenamente entre el conocimiento sensitivo y el intelectual, que tienen en sus doctrinas diferencias esenciales, aunque los llamen aún materiales. Berdiaev, por el camino de la causalidad, llega a la conclusión, de que tiene que haber una materia creadora, infinita, etc., con caracteres divinos. Lenin confiesa que la materia se extiende tanto como el Ser. De donde el materialismo sería un nombre sustitutivo del de ontología.

El comunismo no es el comunitarismo; es una fase estancada de una cultura que sigue evolucionando. Todavía su ateísmo tiene mucho de reacción temporal contra la Iglesia, a la que se le consideraba unida al liberalismo de aquel tiempo, como, vimos más arriba. Pero Daniélou ya nos avisaba: "este cristianismo burgués no es el cristianismo. Es tan sólo la encarnación del cristianismo en la civilización burguesa. Ahora bien, el advenimiento de formas nuevas no significa en manera alguna que las formas pasadas no hayan sido buenas, sino que han dejado de existir" ⁽¹¹⁾.

Según esto, la Iglesia ¿podrá abrazar o habrá de rechazar esta cultura comunitaria que se nos viene encima?

(10) Cfr. CATHREIN, *El socialismo* (Barcelona, 1907); GONZALEZ ROJAS, *Lo que es el marxismo* (Madrid, 1936); LOMBARDI, *La doctrina marxista* (Barcelona 1949) SUDRE *Historia del Comunismo* (Barcelona 1850) JANET, *Orígenes del socialismo contemporáneo* (Madrid 1904) MC.FADDEN, *La filosofía del comunismo* (Valladolid, 1949) BRUCCULERI; *El comunismo, su ideología, sus métodos*; WETER, *El materialismo dialéctico soviético*.

(11) *El misterio de la Historia*, p.42-43.

Estructuras y superestructuras

Quede bien asentado que el catolicismo es incompatible con el comunismo contemporáneo, tal como ha cristalizado en el materialismo ateo e inmoral del marxismo. Las repetidas condenaciones de los Papas bastarían para exigirnos esta postura. Tratamos ahora de la postura del catolicismo ante el **comunitarismo**, tal como está evolucionando, aun dentro del campo comunista.

El mismo Brucculeri —acérrimo debelador del comunismo— confiesa en una de sus páginas: “Será oportuno determinar con precisión qué es lo que condena la Iglesia bajo el nombre de comunismo, ya que el tal comunismo evoluciona continuamente bajo la presión económica y política y no parece ofrecer otra estabilidad que la de su **devenir**. La Iglesia no es enemiga de toda idea u organización comunitaria de los bienes materiales, puesto que la propiedad común de los bienes económicos no incluye en sí la noción de elementos inmorales o injustos. Lo mismo en el plano ideal que en el histórico, es muy posible una **communio bonorum**, que no viole derechos ajenos ni quebrante una ley moral” (12).

“La Iglesia —dice más abajo— no condena al comunismo por sí mismo; es decir no condena el comunismo **sic et simpliciter**, sino un **determinado comunismo**, condena una determinada **propiedad colectiva**. Y no sólo no la condena, sino que la promueve siempre que esta posesión es común se pone al servicio de los grandes ideales bajo el control de la ética” (13). Lo que condena “es un comunismo sectario, subversivo, revolucionario y anarcoide, que trata de descomponer todo orden social y político, para reconstruirlo sobre la negación de Dios, de la persona, de la moral, del derecho natural, de la revelación cristiana” (14).

Ante las nuevas corrientes la Iglesia, por un afán de aferramiento a una cultura burguesa que caduca, no puede cerrar los ojos. Tampoco ceder de sus doctrinas para tender un camino fácil de error. La debilidad en la verdad ya es error. Esa ha sido siempre la postura de la Iglesia. “El cristianismo —dice el P. Daniélou— no se identifica definitivamente a ninguna de las formas particulares de cultura en las que se encarna” (15). La Iglesia contiene la doctrina que encierra en sí cuanto de eterno hay en el hombre, en Dios, y las relaciones eternas que unen a entrambos. Por eso decíamos que cuando la burguesía caducaba no caducaba el cristianismo, sino su encarnación burguesa. Porque de ahí la tragedia del cristianismo: no es de este mundo, pero ha de encarnarse en este mundo, porque ha de llevarlo entero a Dios. “La encarnación es un deber y los que quisieran un cristianismo extraño a la historia se engañan en punto a su esencia” (16). Tal es la afirmación valiente del P. Daniélou. Pero añade, “que también hay en el cristianismo una exigencia simultánea de desprendimiento” (17). “Porque en efecto, junto a estas encarnaciones tiene también un deber de desprendimiento. De la misma manera que el pecado

(12) BRUCCULERTI, *El comunismo, su ideología, sus métodos*, (Madrid 1948) p.119.

(13) o.c. p.120.

(14) BERDAEFF, *Problème du communisme* (Paris 1936) p.12

(15) *El misterio de la Historia*; p.43.

(16) o.c.p.42.

(17) *El misterio de la Historia*; p. 43.

del judaísmo consiste en no querer morir para resucitar, en un no querer crecer, lo mismo en cierto sentido sucede a quienes quieren mantener de forma rígida al cristianismo en sus formas pasadas y en formas en las que ha quedado como incrustado por la labor de los siglos. Cada uno debe morir sin cesar al hombre viejo para renacer al hombre nuevo, y el empleo de esta expresión por S. Pablo no carece de sentido. Lo mismo en cierta manera sucede con el cristianismo. Este debe encarnarse en las civilizaciones y forma en ellas cristiandades. Pero estas cristiandades serán siempre caducas y transitorias. Será preciso que la Iglesia tras de haberse vestido ellas, las abandone como se abandona un vestido viejo. Este despojamiento es siempre doloroso. Estamos asistiendo a una de esas crisis. Hay que saber comprender su complejidad y su amplitud" (18).

Por eso habrá que ir despacio. Y sortear los dos peligros igualmente perniciosos que señala en su pastoral el Card. Suhard Arzobispo de París: El integrismo y el modernismo (19). Ni lo antiguo por acostumbrado, ni lo nuevo por insólito son criterios de verdad. En esto demuestra la Iglesia que está por encima de la Historia, aunque se encarne en ella.

El fundador de la JOC ha sabido comprender la grandeza de este momento cristiano: "Esta coincidencia entre la necesidad de unificación del mundo en el plano temporal y la necesidad de unificación en el plano espiritual, es verdaderamente providencial. Estamos en nuestros días viviendo la hora de un apostolado misionero" (20). Lo mismo siente Albert Dominique: "La humanidad como consecuencia de los cambios tan profundos en las relaciones de su naturaleza —de su naturaleza con todas sus dimensiones cósmicas— y de su conciencia, en la acción mutua de su dominio sobre el mundo y de éste sobre aquella, está atravesando una muda dolorosa, una crisis febril de crecimiento y de pubertad. Está cambiando la piel. Ahora bien, en el centro de esta sacudida cósmica se hallan las masas obreras. Son ellas las que constituyen el río de lava que brota de la erupción técnica. Son ellas las que constituyen el aspecto naturaleza. El movimiento obrero es el aspecto conciencia" (21).

Ante este bloque de ideología y de almas, la Iglesia no puede usar una actitud hostil. Ni siquiera una actitud de colonización, exportando una cultura extraña, que no se injerta en la nueva civilización. Continuará su tradicional actitud de adaptación y de asimilación de cuanto razonable haya en ella. Como antes con la cultura griega, después con la latina, más tarde con la gótica-germana, por fin con la burguesía y con el renacimiento, se operará la entrada en la Iglesia de esta nueva cultura. Con lentitud, con prudencia. Ante la cultura griega hubo de pasar mucho tiempo y muchas vacilaciones. Y muchos errores nacieron antes de que la Iglesia la asimilara. Sólo la audacia y la inspiración de Juan Evangelista pudo lanzarnos sin titubeos ni sombras de agnosticismo su primer capítulo del Logos. Pero al fin, la Iglesia se encarnará también en la vida comunitaria, como se quiere encarnar en el mundo obrero. Quien componga la Suma de este mundo no hará poca labor en este campo. Y no habrá de revolver demasiado la Escritura para que encuentre abundante material, que fundamente su empeño.

(18) o.c.p.43

(19) *Essor ou declin de l'Eglise*

(20) CARDJIN. *Se problème missionaire dans un monde nouveau en Masses Ouvrières*, agosto 1949, p. 8 y 14

(21) DOMINIQUE al. *Masses ouvrières*, en. 1950, p.26